

EL PAN DE LOS PATRICIOS

Laura Ávila

ILUSTRACIONES DE Laura Michell

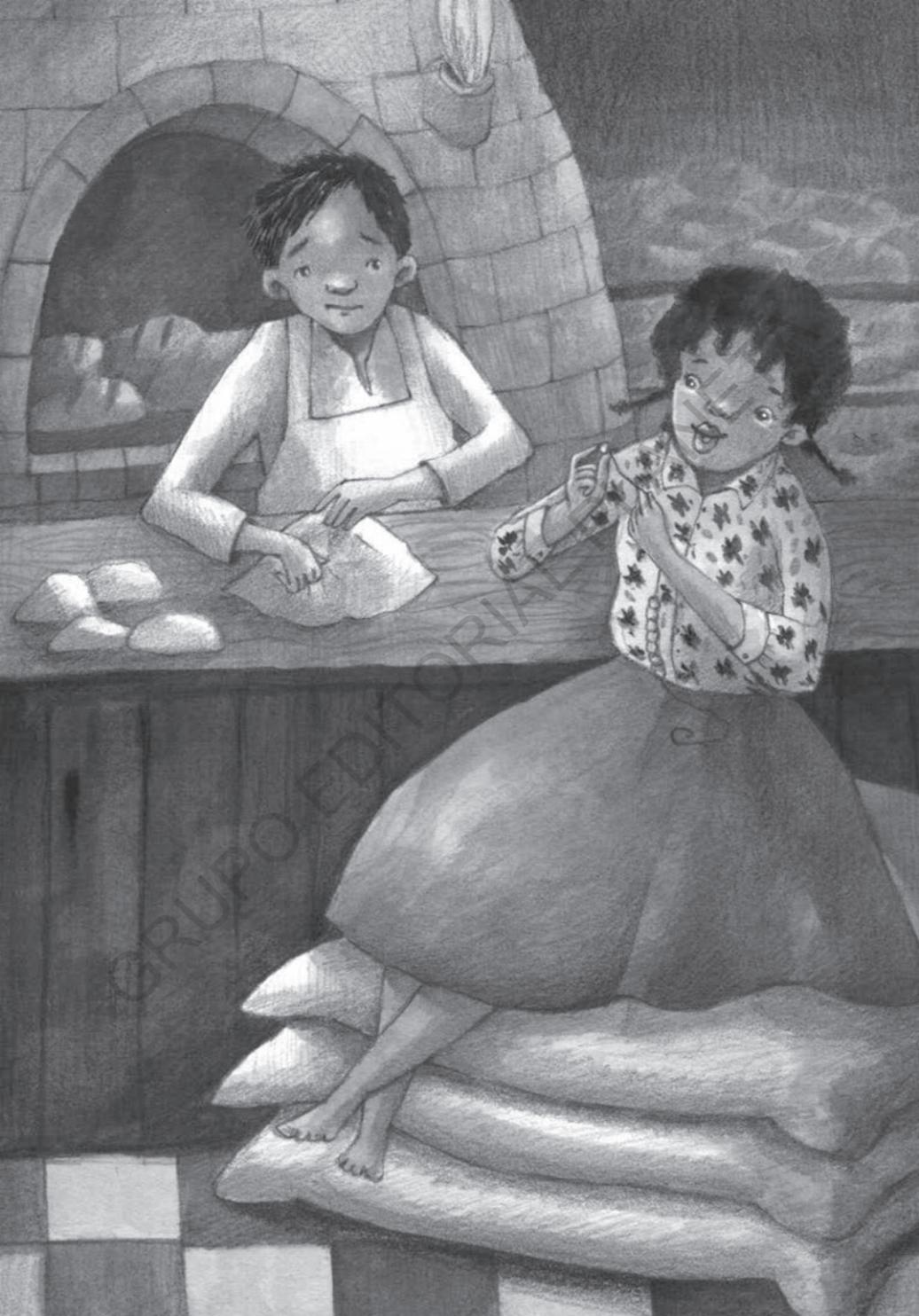


EL PAN DE LOS PATRICIOS

Laura Ávila

ILUSTRACIONES DE **Laura Michell**

GRUPO EDITORIAL PLANETA



HILARIÓN Y GRACIANA

Hilarión no sabía bien lo que sentía por Graciana. A veces la detestaba, especialmente cuando ella lo metía en problemas. La vez que había criado una laucha para que fuese su mascota, por ejemplo, no solo había puesto en peligro la cabeza de Hilarión, sino también la reputación de la panadería en donde trabajaban los dos.

A Hilarión le gustaba la panadería. Vivía en la casa de atrás desde que había nacido, hacía ya trece años, y amasaba pan desde sus cinco, cuando su mamá estuvo segura de que no iba a caerse adentro de la artesa con masa cruda, o de que no fuera a meter sin querer la cabeza en el horno. La mamá de Hilarión, Jesusa, siempre se estaba imaginando accidentes. Era una criolla de unos cuarenta años, muy linda pero estropeada por el trabajo y el tabaco que le ponía marrones los dientes.

El dueño de la panadería era don Gonzalo Leiva, un hombre panzón, canoso, siempre malhumorado. Había nacido en España pero se fue muy joven a Buenos Aires. A pesar de eso, nunca se acostumbraba a ser un porteño. Siempre decía que en su lejano país el trigo era mejor, el agua más clara, los mozos de panadería más laboriosos, y se quejaba de América, de sus mosquitos, de su humedad y de su revolución.

Graciana nunca se quejaba de nada. En realidad, casi no hablaba, a tal punto que, cuando don Gonzalo la compró en el puerto y la trajo a la panadería, Hilarión pensó que era muda.

Ya habían pasado dos años desde ese día, pero Hilarión lo tenía grabado en la memoria. Apenas Graciana había pisado la trastienda, se había sentado en una de las bolsas de arpillera que usaban para la mejor harina.

Enseguida, don Gonzalo la levantó del codo:

—Negra, aquí nadie se sienta hasta que cae la noche. Hay mucho trabajo, te enteras.

Graciana lo miró a los ojos y volvió a sentarse con la majestad de una reina.

Hilarión no lo podía creer. Casi tiró la fuente de roscas que estaba haciendo, ganado por la sorpresa. Don Gonzalo se puso rojo.

—¿Te estás burlando de mí? ¡Pues eso se cura fácil!

El hombre agarró una de las palas de madera que usaban para sacar el pan del horno y la levantó, listo para descargarla sobre la espalda de Graciana.

Hilarión se escondió tras la pila de leña, asustado. Él sabía lo que dolía esa pala en el lomo. Pero Graciana no se movió. Solo lo miró con sus grandes ojos negros.

En eso, Jesusa entró con una bolsa de pasas a la trastienda y gritó:

—¡Qué estás haciendo, Gonzalo!

Dejó las pasas en la mesa de amasar y le quitó la pala a don Gonzalo. Este señaló enojado a la recién llegada:

—¡No me quiere obedecer!

—¡Esa no es manera de que te obedezca! ¡La vas a baldar de un golpe y vas a perder la plata que te costó!

Don Gonzalo reculó. Lo peor que podían hacerle era tocarle el bolsillo.

—Fue tu idea comprar una esclava —dijo—. Si Hilarión no fuera tan inútil no hubiéramos tenido este gasto.

La que se enojó ahora fue Jesusa:

—¡Hilarión no es ningún inútil! ¡Si no hubieras querido ampliar tu mugrosa panadería, nos hubiéramos bastado los tres!

—¡Si no ampliaba el negocio, nos comían los piojos!

—¡No veo cómo, si te la pasás robando con los precios!

Hilarión salió de su escondite, seguro de que el peligro había pasado. Don Gonzalo y Jesusa se peleaban por lo menos una vez al día, lo que significaba que todo seguía el curso de la rutina.

Entonces Graciana levantó la vista y lo miró. Vio un niño muy delgado, de piel color café con leche y ojos esquivos.

Hilarión también la miró mejor. Vio una niña escaálida, la delicada cabecita llena de rulos, la boca grande y rosada, los ojos profundos, la piel morena como la noche.

—¿Cuántos años tenés? —le preguntó Hilarión.

Ella no le respondió. Se levantó de la bolsa y caminó lentamente hasta el patio de atrás, donde la mula de la tolva molía los granos de trigo.

La mula se detuvo al verla. Graciana se acercó y le espantó las moscas de las orejas, de la boca lastimada por el bocado de cuero, mientras le acariciaba el cuello con increíble ternura.

Hilarión sintió una puntada en el corazón. Después de hacerle unas cuantas preguntas más, recién cayó en la cuenta de que Graciana no sabía ni una palabra de castellano.

* * *

A lo largo de dos años, y con gran esfuerzo, entre Hilarión y Jesusa habían conseguido que Graciana distinguiera entre la harina fina, la de centeno y el afrecho, y que no mezclara las masas para ver de qué color quedaban. También habían reprimido su costumbre de desnudarse cuando llovía, o de cantar a los gritos en su idioma natal. Jesusa in-

cluso logró que repartiera sus rulos en dos prolijas trenzas.

Lo que nunca consiguieron del todo fue que Graciana dejara de expresar su amor por los animales, eso sí, a su manera. Ella quería a la mula de la tolva, le sacaba las larvas de mosca que se le juntaban en las llagas, pero después se olvidaba de lavarse las manos para amasar. O alimentaba a las gaviotas que andaban en la basura con el mejor trigo, ganándose unas soberanas palizas por parte de don Gonzalo.

—¡Qué mala estrella! —decía este—. ¡De todo el mercado, fui a traerme la única negra lunática que había!

Primero Hilarión compartía ese pensamiento. No entendía las cosas de Graciana, y encontraba que le retrasaba el trabajo cuando tenía que explicarle las proporciones de ingredientes de una masa, o el tiempo del leudado, o el exacto punto de molienda. Para colmo, el año anterior, 1809, don Gonzalo había hecho un viaje a Europa y había visto que en las panaderías de allá vendían masitas, bombones y otras finezas, y había vuelto con moldes de yeso y recetas para que sus empleados las intentaran acá, en el Río de la Plata.

Aprender a hacer repostería fina no fue difícil para Hilarión, que tenía mano muy habilidosa. Lo duro fue intentar explicarle el trabajo a Graciana. Tenía que manejarse con gestos la mayor parte del tiempo, y ella se le reía en la cara.

Así que aprendió solo y hacía también parte del trabajo de la esclava, solo por tener el placer de verla sentada en las bolsas de harina, canturreando o haciéndose collares con granos de maíz atados en tiritas de cuero.

Eso era amor, claro, pero Hilarión todavía no lo sabía.

GRUPO EDITORIAL PLANETA

EL PAN DE LOS PATRICIOS

—**B**uen día, panadero.
Hilarión levantó la vista de los bizcochos que estaba decorando en el mostrador. Tres soldados habían entrado al negocio.

—Buen día —dijo, prudente.

Los soldados patricios nunca compraban pan en el local, porque el mismo Hilarión les llevaba el pedido hasta el cuartel. Los soldados parecían algo nerviosos.

—¿Está tu patrón?

Hilarión no sabía bien qué contestar. El mismo don Gonzalo asomó por la ventanita que daba a la trastienda, la cara roja por el calor del horno.

—¿Qué se les ha perdido, *vecinos*? —dijo brusca-
mente.

Don Gonzalo nunca les decía *patricios*, ni siquiera *soldados*. Para él, esa gente era un hatajo de vagos con uniforme. El hombre seguía soñando con el

rey. Pero estos patricios eran soldados de la revolución que lo había derrocado.

—Buen día. Nos manda el secretario de la Junta.

Don Gonzalo frunció las cejas y desapareció de la ventanita, para reaparecer por una puerta manchada de humo. En dos segundos estuvo junto a Hilarión.

—Nosotros no nos metemos con nadie —dijo, apoyando su mano en el hombro del chico. Este gesto lo hacía raras veces, pero Hilarión se sentía muy bien cuando el viejo lo hacía, porque era un gesto paternal.

El patricio más joven sacó un pliego de papel.

—No se preocupe. El secretario nos ordenó que le hiciéramos un pedido.

Don Gonzalo tomó el papel con desconfianza. Lo leyó mientras los tres patricios esperaban firmes tras el mostrador. Hilarión vio, sin embargo, que los dos más viejos se miraban entre ellos con una especie de divertida vergüenza, como si estuvieran fraguando una broma pesada.

Los colores de don Gonzalo subieron todavía más. Tiró el papel sobre el mostrador, llenándolo de la miel que Hilarión usaba para decorar.

—¡Pero vosotros seréis mi ruina! —gritó—. ¡¡Id a decirle a vuestro secretario que *no*, que *nunca*, que nuestro pan se paga con reales contantes y sonantes!!

El patricio más joven se rascó el codo.

—Es un decreto de la Junta.

—Pues vosotros, su junta y su secretario podéis iros a...

Por suerte para don Gonzalo, Jesusa y Graciana entraron a la panadería en ese momento. Venían cargadas con frutas del mercado.

—¿Qué pasa? —dijo serenamente Jesusa.

—¡Pasa que estos jacobinos del gobierno quieren robarme mi pan!

Jesusa miró a los soldados. El más joven hizo una reverencia.

—No es robo, señora. Las arcas del gobierno están vacías. Pedimos una partida de pan al día, gratis, para poder armar al resto de la tropa con el dinero que juntemos.

—Fue idea del doctor Moreno —dijo el patricio más grande, algo despectivo.

—No tenemos municiones ni ropa de invierno, y pronto va a haber que dirigirse en campaña al Norte.

—insistió el más joven—. Lo que pedimos es colaboración patriótica.

El viejo don Gonzalo estaba tan indignado que le entró un ataque de tos. Pero Jesusa, más filosófica, le alcanzó un poco de agua mientras le sonreía al joven soldado.

—Está bien. Dígale al secretario Moreno que puede contar con una partida de pan, y solo una, al día. Nada de repostería fina. Y mándele saludos. Él era cliente antes de esta... bueno, de esta mudanza.

Los patricios hicieron una reverencia sincronizada y salieron del local.

—¡Estás loca, Jesusa! —aulló don Gonzalo—. ¡Esta panadería es mía!

—Si no hacemos esto, pronto no tendrás nada —dijo ella encendiendo un cigarro.

—¡Ellos no tienen derecho!

—Son dos o tres pesos que pierdes. Y los ganas en tranquilidad.

—¡Esto es un desquicio! ¡Y tú estás con ellos, traidora!

Hilarión se escabulló con Graciana hacia la trastienda. Cuando llegaron junto al horno la soltó, asqueado, porque sintió algo viscoso en la mano que tomaba la de ella.

—¿Qué tenés ahí?

Graciana le mostró: un grupito de orugas verdes se retorció en su palma.

—Estaban en las moras —dijo soñadoramente.

Del negocio les llegaban los gritos de don Gonzalo y Jesusa.

—Tirá eso. Son ponzoñosas —dijo Hilarión, sentándose en el banquito de madera que había contra la renegrida pared de adobe. Parecía desalentado.

—¿Qué-te-pasa-Hilarión? —le dijo ella con su dulce vocecita.

—Qué sé yo. Esos soldados quieren que les demos el pan gratis. Pero hacer el pan cuesta trabajo. Yo estoy de acuerdo con don Gonzalo.



—Don Gonzalo es malo. Pega.

—Te pegaría menos si vos no fueras tan distraída.

—A vos te gusta hacer el pan. Y los dulces.

—Sí. ¿Y?

—¡Por eso no te gusta que lo regalen!

Y Graciana se mató de risa. Estas cosas le hacían a Hilarión dudar de su cordura. Después la niña miró sus orugas, pensativa.

—Pero a don Gonzalo... No le gusta el pan. Le gustan las monedas. Por eso no quiere regalarlo.

Hilarión se quedó mirándola perplejo. Una, porque Graciana nunca había hablado tanto. Otra, porque oscuramente sintió que tenía razón.

—Tu pan es rico, Hilarión. Regalado o sin regalar. Y eso es importante.

Graciana asintió a sus propias palabras y partió un durazno de invierno para ofrecerle a sus orugas. Hilarión hizo un gesto de repugnancia y la apartó bruscamente de la mesa de amasar.

No sabía ser tierno, ni con Graciana ni con nadie, quizás porque su modelo a seguir era don Gonzalo, que cuidaba de ellos pero sin ninguna ternura.

Hilarión mostraba la delicadeza de su espíritu solo cuando podía dibujarla encima de las masitas que preparaba. Y hasta eso lo hacía porque se lo ordenaban.

FELICIANO

Todos los días Hilarión sacaba a la mula del molino, la llevaba a la calle y enganchaba unas canastas a los costados de la montura. Graciana vaciaba allí las bolsas con el pan recién hecho.

El destinado a los patricios no era pan de calidad. Don Gonzalo lo vendía muy barato a los clientes, pero se enfurecía cuando tenía que dárselo gratis a esos soldados. Salía a amargarse mientras los chicos preparaban el pedido.

—¡A ver, Graciana! —ordenaba—. ¡No las llenes hasta el borde!

Cuando hacía buen tiempo, Hilarión iba solo hasta el cuartel. Cuando llovía, lo acompañaba Graciana con un pedazo de lona encerada, pero no para protegerlo a él, sino para proteger a la mula.

Los días de junio de 1810 se estaban haciendo muy fríos, así que cuando llovía los dos iban a los saltos, tratando de no hundir demasiado los pies

descalzos en el barro y deseando entregar el pedido para volver junto al calor acogedor del horno. Hilarión solo tenía una camisa de lienzo y calzones, y Graciana un par de pollerines y una camisa floreada que había sido de Jesusa para enfrentar el invierno.

Uno de esos días de lluvia, ellos iban a toda marcha por la calle de la Piedad, medio cegados por los goterones que caían, cuando un chico de unos catorce años, vestido con una especie de túnica larga, salió de una casa caminando para atrás. El chico era muy robusto, de cara redonda y papada blanca, y hubiera sido divertido verlo si no se hubiera llevado por delante la mula.

—¡Ahhh!

En un segundo, todo el pan de los patricios estaba en el barro de la calle.

Eso no pareció importarle al muchacho, que siguió retrocediendo, mirando con ojos espantados hacia la casa de donde había salido, que era la casa de la familia Donoso. La túnica se le estaba pegando al cuerpo por acción de la lluvia. En el ruedo tenía puntillas, y debajo de todo eso el chico tenía unas botas fuertes, de militar, lo que hacía aún más raro su atuendo.

Graciana se encargó de sujetar a la mula. Hilarión se acercó al muchacho y lo empujó, haciéndolo caer sentado en el fango.

—¡¿Qué hacés?! ¡Tiraste el pan de los patricios!

El muchacho se protegió la cara con el antebrazo, como si Hilarión fuera a partírsela. Eso provocó la piedad de Graciana, que dejó la mula atada a la reja de la casa y se acercó hasta él, al tiempo que le tendía una mano.

—¡No lo ayudes, alunada! —gritó Hilarión, furioso—. ¡Ahora qué vamos a hacer!

Pero la negrita ya había socorrido al robusto muchacho, tirando de él con todas sus fuerzas. El chico resopló y se sacudió el pelo.

—No se preocupen. Mi padre les va a pagar los destrozos —dijo con voz suave—. Es que yo no quiero que salga. Ella quiere... ¡No, tarde!

Los tres miraron hacia la casa. Una plácida señora, con un mantón en los hombros, salía sonriendo a la puerta. Una esclava le sostenía un pesado paraguas para que no se mojara.

El pánico del muchacho se leía en su cara. Hilarión y Graciana no podían creer que una madre como esa le inspirara tal terror. La señora estaba embarazada; habló con una voz dulce como la miel:

—Feliciano... Mirá cómo te has puesto la casulla...

—Es que, mamá, yo no quiero... —empezó el tal Feliciano.

—No te preocupes, mi pichón. ¡Te cosí otra de repuesto, bordada con hilos de seda!

Hilarión vio como el otro tragaba un grito, si eso era posible de hacerse.

Pero enseguida pareció haberse resignado, porque caminó hacia su madre pisoteando algunos panes, la cabeza gacha.

Esclava, muchacho y madre entraron a la casa, dejando a Hilarión y a Graciana calados hasta los huesos, el pan regado y húmedo.

La única feliz era la mula, que se estaba comiendo lo que era de los patricios con goloso deleite.

* * *

Contrariamente a lo que esperaban, don Gonzalo no los castigó.

Dejó que los chicos secan sus ropas al calor del horno, en la trastienda, y se puso a hacer parte del trabajo de Hilarión amasando entusiasmado:

—No fue vuestra culpa. Si vienen a quejarse los soldados, se los enviaremos a los Donoso, para que se saquen los cuernos entre ellos.

Jesusa preparaba un sambayón batiendo huevos con energía.

—Mala cosa, Gonzalo —dijo—. Los Donoso son amigos de la Junta. No creo que les hagan problemas a ellos. Más bien vendrán a buscarte a vos, porque faltó el pan.

Jesusa suspiró. Don Gonzalo largó la masa.

—¡Lo único que faltaba! ¡Fue ese muchacho aturdido el que tiró la carga de mi mula! ¡Que vengan, que no pienso darles más que con la puerta en las narices!

En eso se oyó que golpeaban las manos en el negocio. Los cuatro se miraron con inquietud.

—Deben ser los patricios —dijo suavemente Jesusa.

Las energías de don Gonzalo mermaron bastante.

—Bueno... acabemos de una vez con el asunto —farfulló.

Hilarión lo siguió, ganándose una palmada de aprobación en la espalda.

Pero en el negocio no estaban los temidos patricios, sino Feliciano con su padre, un comerciante criollo, sacudiéndose el agua de las ropas.

—Buen día, don Leiva.

—Buen día, don Donoso.

Buenos Aires era una pequeña aldea. Todos se conocían, aunque la revolución los hacía sentirse un poco envarados, sin saber bien de qué bando hacerse. Don Donoso le tendió la mano al panadero, a la manera de los ingleses. Don Gonzalo aceptó el saludo con un punto de desagrado. Él era realista, y los realistas saludaban con una reverencia.

Hilarión se asomó por atrás de don Gonzalo y clavó sus ojos oblicuos en la redondeada figura de Feliciano. Ahora el muchacho vestía una camisa cara, un pantalón de paño, una excelente capa. Casi parecía un adulto, por su corpulencia, pero no resistió la mirada de Hilarión y bajó los ojos.

—Acá mi hijo dice que hubo un accidente con su mula —empezó a decir el padre.

—Así es, Donoso. El animal desparramó los panes que eran para la soldadesca.

No se sabía si la palabra “animal” iba para la mula o para Feliciano. El muchachón se puso rojo.

Graciana apareció tras el mostrador, sentada en la ventanita que daba a la trastienda. Una vez allí, se puso a escurrir el agua restante de su pollera, retorciendo la prenda y mostrando impudicamente sus pantorrillas.

Feliciano no pudo evitar mirarla. Era una mirada inocente, de sorpresa, pero a Hilarión le cayó como una cucharada de plomo. De repente tenía ganas de agarrar al bobo aquel y echarlo a patadas de la panadería. Se asustó de tener sentimientos tan fuertes y se agarró del mostrador un poco mareado.

—No se preocupe, don Gonzalo —dijo el padre de Feliciano—. Vengo a comprarle una nueva partida para los patricios. Ellos defienden nuestra causa, y no quisiera que mi familia fuera obstáculo para planes tan altos.

—Claro, sin duda —exclamó don Gonzalo, con los ojos brillantes—. Esa cantidad de pan representa para mí diez pesos diarios.

Graciana e Hilarión miraron a su jefe con ojos redondos de confusión. ¡Ese pan costaba solamente *tres pesos* diarios!

Pero el señor Donoso no se inmutó.

—Aquí tiene —dijo, sacando el dinero de su faltriquera—. Y que viva la revolución.

—Que viva, que viva —dijo don Gonzalo contando las monedas.

Feliciano tiró de la manga de su padre. El señor Donoso sonrió.

—Mi hijo asegura que acá se preparan finezas comparables a las confiterías de Europa. Quisiéramos llevar unos bizcochos decorados.

—No quedan más... —empezó Hilarión, ganándose un brutal codazo de su patrón.

—En media hora se los llevamos a su casa —dijo el panadero con una sonrisa fingida.

—Gracias, don Leiva. Y aquí tiene una seña para que nos guarde otros para mañana.

Graciana le ofreció una tortita a Feliciano. Estaba decorada por ella misma, hecho que no la hacía ver demasiado apetitosa, pero el muchacho la aceptó.

—Lamento lo de tu mula —le dijo el chico tímidamente.

Los dos se sonrieron. Hilarión no lo podía creer. Don Emilio Donoso acarició la cabeza de su hijo.

—Feliciano tiene buen corazón. Eso le hará falta cuando sea oficial y tenga que administrar justicia —dijo.

La sonrisa de Feliciano se apagó, y el muchacho se tragó la golosina de dos bocados, sin saborearla casi.

Los dos se despidieron de don Gonzalo y salieron de la panadería.

Enseguida, don Gonzalo le dio a Hilarión un chirlo en la frente.

—¡Aprende a tener reflejos! ¡Hay que hornear los panes otra vez y preparar más bizcochos de fantasía! ¡Esto no es una tertulia!

GRUPO EDITORIAL PLANETA